

Reseñas

Margarita Estrada Iguíniz, *Después del despido, desocupación y familia obrera*, México, Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), 1996

Patricia Arias*

En 1990 Margarita Estrada se encontraba realizando trabajo de campo acerca de los cambios en un mundo laboral que había empezado a experimentar una transformación drástica en el Área Metropolitana de la Ciudad de México. Como bien recuerda la autora de este libro, la capital del país fue el espacio privilegiado de la inversión industrial desde los años treinta, cuando se echó a andar la sustitución de importaciones. Tanto, dice Margarita Estrada, que la “capital del país se convirtió en uno de los sitios preferidos para el desarrollo de la industria” (p. 19). A partir de ese momento todo anduvo más o menos bien durante cinco décadas, hasta esos años ochenta en que se sucedieron hasta confundirse los escenarios de la crisis y el cambio de modelo económico que modificaron la dinámica industrial y las tendencias del empleo en la ciudad de México y su enorme área metropolitana. En 1990 empezaron a hacerse comunes conceptos nuevos como reajuste estructural, reconversión industrial, desindustrialización, flexibilidad laboral asociados a otros viejos y más conocidos como cesantía, desempleo, crecimiento del sector informal. De ese escenario conceptual Margarita había escogido uno: el desempleo y su impacto sobre las familias urbanas donde alguna vez había habido obreros y ahora había cesantes.

Aunque se dice rápidamente, la verdad es que no era sencillo para una investigación de corte antropológico, como las que practica ese grupo de investigadores del que forma parte Margarita en el CIESAS, definir el espacio y determinar las familias de estudio. Para acercarse a esa realidad trastornadora en un espacio tan amplio y heterogéneo como el de la capital del país, Margarita había optado por el estudio a profundidad de la desocupación en dos espacios tradicionalmente obreros: una Unidad Piloto del Infonavit y Tizapán, pueblo de trabajadores textiles de La Alpina y La Hormiga, entre otros, que había sido engullido por el crecimiento urbano. En ambas localida-

* CEED, Universidad de Guadalajara.

des del sur de la ciudad de México y de acuerdo con una selección aleatoria Margarita hizo recorridos y observaciones, realizó “entrevistas individuales y colectivas, abiertas y dirigidas con los integrantes de cada una de las familias [...]” (p. 23).

Así, entre caminatas y pláticas, en diciembre de 1990 Margarita había concluido seis meses de trabajo de campo y había comenzado a escribir los resultados. El 18 de marzo de 1991 escuchó, con el mismo estupor que todo el país, que la refinera de petróleo –primero El Águila y más tarde 18 de Marzo– que se había localizado desde los años treinta en el municipio todavía rural de Azcapotzalco (Bazán, 1997), cerraba sus puertas de manera tan inesperada como definitiva. Pero a diferencia de la mayoría que nos quedamos en el asombro, Margarita pasó a la acción y decidió que era “necesario ampliar la investigación e incorporar a un grupo de petroleros[...]” (p. 22). Jamás se imaginó, recuerda ahora, que con esos primeros despedidos se había iniciado un proceso de reducción de personal que alcanzó “a más de la mitad de los trabajadores de Petróleos Mexicanos[...]” (p. 22).

La situación de los petroleros, aunque dramática, resultaba sumamente interesante: se trataba, dice la autora, de estudiar y hacer comparaciones con un grupo de trabajadores con una organización sindical muy específica y con características muy especiales dentro de la clase obrera que se había quedado sin trabajo de manera repentina (p. 22). Este regreso y reorientación de la investigación hacia los trabajadores de Pemex y el mundo de Azcapotzalco ha dado varios y diversos frutos (Bazán, 1997; Estrada, 1991) y ha convertido ese proyecto de CIESAS en un depositario de información oportuna y generador de análisis pormenorizados acerca del impacto social y espacial de la desestructuración de actividades económicas ligadas a territorios delimitados.

El tema de estudio tiene desde luego buenos antecedentes. Se nutre de una amplia y vigorosa tradición de trabajos, sobre todo históricos, acerca de ciudades, pueblos, colonias industriales en Europa, Estados Unidos y en menor medida México, cuyo destino se entreveró con alguna actividad económica hasta tal punto que fue difícil, y muchas veces imposible, reorganizar la vida y los quehaceres cuando la rueda de la historia arrasó con el quehacer que organizaba las rutinas y delimitaba el horizonte de los pobladores (Durand, 1986; García Díaz, 1981; Hareven, 1982; Terradas, 1994). Hasta donde sabemos, buena parte de los estudios se ha llevado a cabo en comunidades rurales, donde la búsqueda de alternativas tendió a bifurcarse entre una vuelta a los quehaceres agrícolas o la emigración de los excluidos.

Éste no es el caso de los “manufactureros” del Infonavit y Tizapán, y menos aún de los “petroleros” de Azcapotzalco. En las colonias estudiadas, la exploración de opciones tendió a dispersarse en la ciudad pero siempre restringida al espacio urbano y al ámbito doméstico. En verdad, llama mucho la atención la ausencia de luchas colectivas, de acciones comunitarias de los despedidos, tanto de la manufactura como de la industria petrolera. En otras grandes ciudades, como París, por ejemplo, la crisis y transición de actividades fabriles aconteció en medio de protestas y luchas sindicales intensas, por lo menos durante la primera mitad del siglo xx (Magri y Topalov, 1989). En nuestro país, en cambio, todo el peso, la angustia, la incertidumbre del desempleo, el esfuerzo y la búsqueda de alternativas laborales y de ingenio para generar algún ingreso han recaído en la familia, que es el gran tema que organiza los afanes y capítulos de este libro.

Después del despido se divide en dos partes bien delimitadas. La primera está integrada por dos capítulos. El primero, “Empleo, desocupación y familia entre los obreros” (pp. 33-48), incluye las reflexiones teórico-metodológicas que organizaron la investigación. Allí se discuten las nociones de desocupación y empleo, el trabajo como organizador de la vida obrera, la dimensión colectiva del despido, la dinámica familiar, el trabajo por cuenta propia y sector informal con el objeto de delimitar y poner de relieve un argumento central del trabajo: el impacto colectivo del desempleo masculino o, dicho de otro modo, la manera en que la pérdida del trabajo del hombre, como proveedor de un ingreso regular y estable, afecta y modifica el entramado y la jerarquía tradicional de deberes y derechos de los diversos miembros de la familia. En el segundo capítulo, “Desarrollo industrial y condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo en México, 1935-1992” (pp. 49-87), se hace un recuento pormenorizado, con base en materiales bibliográficos, de los sucesivos factores macroeconómicos que han afectado el nivel del empleo y la condición obrera en las distintas fases de desarrollo del país.

Si se prefiere entrar de lleno al meollo del asunto entonces se puede pasar directamente a la segunda parte, integrada por cinco artículos y las conclusiones, que es la más sustanciosa y original del libro. Allí la autora ofrece información de primera mano acerca de las estrategias que han seguido las familias frente al despido. El tercer capítulo es breve pero indispensable. De manera condensada, quizá demasiado escueta, Margarita describe la trayectoria de la vida obrera y las transformaciones que acarrió la desocupación masculina en cuatro

familias, tres de manufactureros, la última de petroleros. La elección de las familias no ha sido casual. Por el contrario, las tres manufactureras han sido escogidas de acuerdo con el ciclo de desarrollo doméstico en que se encontraba cada una de ellas: formación, equilibrio, remplazo. Las experiencias de esas y otras familias se recuperan, además, en los siguientes cuatro capítulos.

Esta manera de concebir el impacto del desempleo en la dinámica familiar resulta particularmente acertada. Los ejemplos de Mónica y Pedro, de Joaquín y Laura, de don Regino y doña Carmen descubren cómo un cambio laboral drástico afecta de manera muy distinta a las parejas y las familias de acuerdo con la etapa del ciclo doméstico en que se encuentran. O, dicho de otro modo, los recursos —aunque escasos— de don Regino y doña Carmen, reunidos después de una larga vida de trabajo, les permiten hoy por hoy sobrevivir con muy poco; a diferencia del caso de Mónica y Pedro, en el que los ingresos, pequeños e inestables de ambos, no logran subsanar las carencias de todo tipo que es lo único que parecen haber acumulado en su corta y cada vez más conflictiva vida conyugal.

El análisis de la familia, vista a través del ciclo de desarrollo doméstico, tiene en este caso otra virtud: muestra con nitidez y lucidez el cambio que se ha suscitado en apenas una década en el mundo laboral mexicano. La historia de Joaquín ilustra la transición laboral y la confusión personal entre haber sido obrero de los de antes (de planta, de tiempo completo, con un ingreso estable, con algunas prestaciones aseguradas) y ser un desempleado, en principio optimista, pero que a fin de cuentas no logra insertarse como trabajador por cuenta propia y termina buscando de manera desesperada un trabajo asalariado. En el caso de Pedro, en cambio, no se advierte ni transición ni desconcierto personal. Al paso que va, probablemente jamás va a saber lo que un día significó ser obrero de los de antes. Hasta ahora su vida laboral ha sucedido entre lapsos breves de trabajo, y etapas prolongadas de desempleo que se enfrentan con quehaceres diversos que apenas dejan unos centavos. Para los trabajadores de hoy, la experiencia primera pero transitoria del empleo temporal se ha convertido en “la única forma de contratación” que han conocido (p. 104), certeza que modifica sin duda los escenarios de vida y trabajo de los jóvenes.

Algo de esto se percibe en el cuarto capítulo (pp. 139-159), que se hubiera acomodado mejor como capítulo 5, donde la autora describe y analiza las dos vertientes que han seguido los ex trabajadores en busca de ingresos: empleo remunerado y trabajo por cuenta pro-

pia. Allí se constata el cambio de criterios empresariales en cuanto a la contratación de trabajadores: antes hombres calificados, hoy jóvenes de ambos sexos. Pero descubre también la distinta valoración que existe respecto del empleo estable por parte de las sucesivas generaciones de trabajadores: los jóvenes, sin experiencia fabril importante, no pueden extrañar, ni por lo tanto valorar, la condición obrera a la que aluden y añoran los obreros maduros. De este modo, la transición hacia el trabajo por cuenta propia parece ser mucho más complicada, en muchos casos dramáticamente desafortunada, para esos obreros maduros que para los de menor edad, que eran también los de menor experiencia obrera, pero al mismo tiempo, los más dispuestos culturalmente a aceptar las nuevas reglas del juego laboral.

Esta transformación irremediable de la condición laboral masculina ha modificado por supuesto el sentido del trabajo femenino, algo que aparece todavía difuso entre las mujeres estudiadas, algo que hubiera ameritado quizá un análisis más cuidadoso. Como bien muestra Margarita, las mujeres de las familias entrevistadas han realizado, excepto en un caso, algún tipo de trabajo para obtener un ingreso en por lo menos dos momentos: al inicio de su vida de pareja, cuando la presión de los hijos no era demasiado intensa, y en los momentos de desempleo masculino, concebidos anteriormente como temporales. Esta capacidad femenina de salida al mercado de trabajo en momentos de crisis ha sido documentada en distintos momentos y partes del mundo (Hareven, 1981). Salida, asociada por lo regular a bajos salarios, que se justificaba precisamente por la eventualidad y temporalidad del desempleo masculino (*Id.*). Pero además, como bien enseña Margarita, las mujeres de los manufactureros y petroleros no sólo trabajan por un ingreso en efectivo dentro o fuera del hogar y se encargan o apoyan de manera decisiva la puesta en marcha de las actividades por cuenta propia, sino que además su gestión doméstica cotidiana ha sido sometida a intensas presiones: la hechura doméstica de prendas de vestir, la búsqueda interminable de productos y alimentos baratos (pp. 126-129). En este sentido, ¿qué pasa ahora cuando la cesantía de padres, maridos y hermanos se generaliza y se prolonga de manera indefinida o los empleos resultan tan inestables y mal pagados como los que tradicionalmente se asociaban al trabajo femenino? Aunque las mujeres se vean aún como “comodines”, una indagación más prolija descubriría quizá una serie de actitudes y negociaciones femeninas y familiares nuevas que van más allá de la tensión familiar y el conflicto conyugal, que es algo bien apuntado en el libro.

La autora dirige su atención más bien hacia los otros recursos con que las familias han enfrentado el desempleo. Margarita hace una sugerente distinción entre tres tipos de recursos: aquellos que provienen de la acción del Estado (educación, distribución de leche para los niños); los que se derivan de la legislación laboral (casa propia, indemnización, calificación) y los que surgen de "las costumbres y formas de organización propias [...]" de los ex trabajadores (sistemas informales de crédito, ayudas y préstamos familiares y residenciales) (p. 135). El peso que va a tener cada tipo de recurso depende, dice la autora en el quinto capítulo, de la etapa del ciclo doméstico en la que se encuentren las familias. El asunto resulta, de nueva cuenta, especialmente dramático para los jóvenes que por edad e inserción en las nuevas condiciones laborales han podido allegarse escasos recursos más allá de los que les puede proporcionar la familia (pp. 135-136).

Esta transición acelerada que descubre la puesta en marcha de una nueva condición laboral marcada por el desempleo y la inestabilidad del empleo y los ingresos tiene, desde luego, consecuencias familiares y personales que afectan desde la organización de las rutinas y espacios cotidianos hasta las jerarquías y valores asociados a cada uno de los miembros de las familias, que es de lo que tratan el séptimo capítulo y las conclusiones. Margarita sugiere que la crisis del modelo de empleo tradicional conlleva una redefinición drástica del espacio doméstico que ha trastocado la segmentación conocida entre trabajo y vida familiar: los quehaceres de la casa. Hasta ahora, el conflicto conyugal y la tensión familiar parecen generalizarse en esos ambientes donde se han enseñoreado la cesantía, la pérdida irremediable de la ilusión del ascenso social, la certeza de que hay en marcha cambios que, queriéndolo o no, afectan el entramado de deberes y jerarquías de una casa.

Quizá no puede ser de otro modo. La investigación de Margarita Estrada da cuenta de un cambio mayor en la vida de los obreros: después de décadas de divergencia entre los trabajadores de acuerdo con el tipo de empresa y las condiciones de empleo, asistimos hoy a un proceso acelerado de convergencia hacia una única condición que elimina conquistas y derechos y de ese modo borra, en cualquier caso confunde, las viejas fronteras del empleo formal e informal. La calle, más que la fábrica, parece ser el espacio tanto de los trabajadores jóvenes como de los que la cesantía expulsa sin que nadie los recupere. De los primeros pasos, de los desconciertos y sus reajustes en la vida obrera, trata este libro oportuno y sensible, ciertamente inva-

luable para avanzar en la tarea de documentar, entender y, ojalá algún día comparar los cambios, sutiles algunos, rudos otros, acelerados todos, que han vivido, procesado, enfrentado las familias trabajadoras urbanas *Después del despido*.

Bibliografía

- Bazán Levy, Lucía del Carmen (1997), "Cuando una puerta se cierra, abrimos cientos. Estrategias de las familias petroleras frente al cierre de la Refinería 18 de marzo", tesis de doctorado, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Durand, Jorge (1986), *Los obreros de Río Grande*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Estrada Iguíniz, Margarita (1991), *Heterogeneidad y calificación entre los obreros de Azcapotzalco*, México, CIESAS.
- García Díaz, Bernardo (1981), *Un pueblo fabril del porfiriato*, México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas).
- Hareven, Tamara K. (1982), *Family Time and Industrial Time*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Magri, Susanna y Christian Topalov (1989), *Villes Ouvrières. 1900-1950*, París, L'Harmattan.
- Terradas i Sabori, Ignasi (1994), *La qüestió de les colonies industrials*, Manresa, Centre d'Estudis del Bages.

